

argentinas judías como constructos complejos en los cuales ya no pueden volver a separarse los componentes nacionales y los étnicos.

Adrian Krupnik

Universidad de Tel Aviv

NOEMÍ M. GIRBAL-BLACHA, MARÍA INMACULADA LÓPEZ ORTIZ Y SONIA REGINA DE MENDONÇA (COORDS.): *Agro y política a uno y otro lado del Atlántico. Franquismo, salazarismo, varguismo y peronismo*. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2016.

Este libro plantea un sugerente desafío: realizar un análisis comparado del tratamiento de la “cuestión agraria” y de las políticas agrarias aplicadas por cuatro regímenes políticos que, con apreciables similitudes ideológicas y en la estructura del Estado, gobernaron a un lado y otro del Atlántico durante las décadas centrales del siglo XX.

El texto consta de una breve presentación y de siete capítulos. En el primero, Carlos Barciela e Inmaculada López Ortiz abordan inicialmente una caracterización general de los regímenes corporativos que se desarrollan en la primera mitad del siglo XX, para situar ahí el caso del franquismo español. Después, analizan los instrumentos y los efectos de la política agraria aplicada en el primer franquismo, durante los años 40 y 50. El segundo capítulo contiene el análisis de Medina-Albadalejo sobre la política aplicada por el régimen franquista al sector vitivinícola, deteniéndose en el desarrollo de una estructura de bodegas cooperativas. Daniel Lanero, en el tercer capítulo, repasa los rasgos diferenciales del salazarismo que gobernó Portugal durante 40 años y detalla la evolución de los planteamientos y actuaciones de política agraria durante ese largo periodo.

Iniciando los capítulos latinoamericanos, Sonia Regina de Mendonça analiza el varguismo brasileño. Muestra la competencia entre los distintos sectores patronales (las diversas fracciones de la clase dominante agraria brasileña), reflejada en su mayor o menor control del Ministerio de Agricultura y en las políticas aplicadas a lo largo de las distintas etapas del gobierno de Getulio Vargas. En el quinto capítulo Vanderlei Vazeles Ribeiro estudia, mediante una comparación entre el varguismo y el peronismo, los avances de la expansión sindical y la legislación laboral en el campo. También analiza en los dos casos una peculiar forma de relación de los agricultores y trabajadores rurales con el poder, las “cartas al presidente.” Los dos últimos capítulos tratan el caso de la Argentina peronista. En el primero Beatriz Moreyra describe las políticas agrarias aplicadas y su evolución durante el “peronismo fundacional” (1946-1955), detallando también las políticas sociales compensatorias destinadas a los territorios

rurales. En el último capítulo del libro, Noemí Girbal-Blacha, con referencia a ese mismo periodo, desvela las estrategias subyacentes tras esas actuaciones políticas, poniendo de relieve en particular el papel estratégico jugado por el agro en el modelo económico peronista.

Se echa de menos en el libro un capítulo final comparativo, pese a que el conjunto de textos proporciona un rico material que permite avanzar en diversas direcciones hacia la búsqueda de similitudes y diferencias entre esos cuatro regímenes políticos y sus relaciones con la agricultura. Apuntamos aquí algunas de las posibles líneas de análisis comparado.

Un primer tema de debate es la caracterización de estos regímenes políticos. Barciela y López Ortiz incluyen el franquismo y el salazarismo dentro de los regímenes corporativos que surgen en la Europa de entreguerras y la depresión económica de los años 30, pero apuntan dudas para asimilar a esa categoría los casos latinoamericanos. Ribeiro por su parte plantea su análisis del varguismo y del peronismo como regímenes populistas, aunque discute las caracterizaciones habituales de este tipo de regímenes. Independientemente de su adscripción tipológica, se deduce de la lectura del conjunto de los textos cierto consenso en reconocer que en los cuatro casos estudiados estamos en presencia de regímenes nacionalistas, autoritarios, intervencionistas en economía, que intentan orientar la producción hacia el mercado interno y subordinan la agricultura al desarrollo de la industria, pese a las frecuentes proclamas ruralistas.

Una característica común a los cuatro países en el momento que se instauran estos regímenes (años 30 y 40) es la desigual distribución de la propiedad de la tierra, con una presencia significativa de estructuras latifundistas, al menos en una parte importante de cada territorio. Las relaciones del poder con la oligarquía propietaria van a marcar de forma decisiva las políticas agrarias aplicadas.

Esas relaciones eran muy estrechas en España, al menos en el primer franquismo, heredero directo del triunfo militar en la Guerra Civil. También en Portugal, donde la influencia política y económica de los “grandes agrarios” (traducida en medidas que protegían sus intereses) se mantuvo a lo largo del *Estado Novo*, si bien decayó en los años finales de la dictadura ante la pérdida de peso de la “cuestión agraria” en una economía progresivamente industrializada. En el caso brasileño, Ribeiro describe cómo los esfuerzos de la “burocracia varguista” para extender la legislación laboral al campo tropezaban con la resistencia de los propietarios, cuyos representantes mantuvieron una presencia continuada al frente del Ministerio de Agricultura (como constata Mendonça) garantizando unas políticas favorables a sus intereses, si bien con conflictos entre los distintos grupos patronales.

El caso más controvertido es el de la Argentina peronista. El discurso anti-oligárquico y anti-terrateniente de los primeros años del régimen, que parecía

anticipar una verdadera reforma agraria, se va moderando con los años y no se traduce en actuaciones concretas de importancia. Paralelamente, la activación del crédito como instrumento de redistribución entre actores y sectores no sólo beneficia a la pequeña y mediana industria, sino también a los principales actores del agro argentino, tal como analiza en detalle Girbal-Blacha. Al final, las bases agropecuarias de la economía argentina seguían intactas cuando Perón fue derrocado en 1955.

Dada la larga duración de estos regímenes, el análisis de su evolución en el tiempo muestra ilustrativos recorridos de sus políticas. Tanto España como Portugal utilizaron durante los primeros años instrumentos de política agraria directamente inspirados en los empleados en la Italia fascista: la “batalla del trigo,” para estimular su producción, y la política de colonización, algunos de cuyos rasgos pueden encontrarse también en la Argentina peronista. Esa asimilación inicial al fascismo agrario va lógicamente evolucionando en el tiempo, dado el desenlace de la Segunda Guerra Mundial y también las transformaciones económicas que van experimentando estos países.

Como ilustración del “final del recorrido” de esas políticas puede ser útil la constatación para Brasil, en la etapa final del “varguismo populista” de los años 50, de cómo el gobierno valora las nuevas funciones de la agricultura (generar reservas de alimentos y materias primas, suministrar mano de obra y sustentar transferencias de capitales) en un contexto marcado ya por la rápida industrialización y urbanización, y reacomoda las políticas agrarias para mejor cumplirlas. Sin un reconocimiento tan explícito a nivel gubernamental, en España también hay consenso en reconocer que son esas las funciones que cumple la agricultura (de forma casi automática) una vez que arranca en los años 60 un proceso acelerado de desarrollo capitalista. Lo curioso es constatar cómo la agricultura cumple esas funciones tanto en el Brasil “redemocratizado” del final del varguismo como en la España franquista, todavía sin libertades democráticas.

Otras muchas similitudes y diferencias pueden extraerse del análisis comparado de estos textos. Similitudes, como la presencia, en los cuatro casos, del fomento del cooperativismo como un instrumento utilizado en alguna fase de la evolución de esas políticas. Y diferencias, como la caída de los salarios reales en el campo en España y en Portugal mientras aumentan en Argentina, estimaciones referidas a la primera época de cada uno de esos regímenes.

La serie de textos contenidos en este libro cumple, en definitiva, el objetivo planteado y dejan el “terreno sembrado” para una apasionante profundización en el análisis de esas políticas y de las transformaciones que produjeron en los

respectivos sectores agrarios. Su herencia, no tan lejana en el tiempo, sigue marcando las realidades agrarias y rurales de estos países.

Eladio Arnalte Alegre

Universidad Politécnica de Valencia

ERNESTO BASSI: *An Aqueous Territory: Sailor Geographies and New Granada's Transimperial Greater Caribbean World*. Durham and London: Duke University Press, 2016.

As implied in this book's title, Ernesto Bassi explores how the sea functions as a nucleus around which identities are formed and histories take shape. Analyzing the role of the Caribbean Sea in the historical developments of the late eighteenth and early nineteenth centuries, Bassi joins other historians that regard the sea together with the landed territories surrounding it, as a unique geographical zone worthy of detailed analysis. Bringing to mind, among others, Fernand Braudel's theories on the Mediterranean, and in a similar vein to the articles gathered in the recently published *Theorising the Ibero-American Atlantic* edited by Braun and Vollendorf (reviewed in EIAL 26/2), Bassi draws our attention to the fact that "a tradition of regarding the sea as signless or empty has hindered historians' ability to give serious consideration to the sea as a site where history unfolds, to the reality that . . . the sea is history" (p. 75).

This approach could easily be applied, for example, to Portugal's maritime empire in the early modern period. As Portugal lacked material means and had a small population, it built its empire, at least in the early stages, not as a territorial power but as political entity that strove to maintain its control over trade routes. Its ports and *feitorias* were nothing but the landed borders of an empire whose "territory" corresponded to the Eastern Atlantic and the Indian Ocean. Bassi suggests a similar move by looking at the unique identity that took shape in the Caribbean sea and on its shores, in a space that he defines as the "transimperial Greater Caribbean." This expression refers to the common traits of the various colonial realms which, by the time of the revolutions and wars of independence, were characterized by "crisscrossing political borders in Caribbean and Atlantic waters and gathering and spreading information obtained at ports and on the high seas." This configuration, Bassi claims, constructed a space of social interaction in which a specific role was played by ships, captains and sailors, as well as by many other less mobile subjects, who used this transimperial framework as the foundation on which they built their perception of present and future social, economic, and political identities in a changing world (p. 4). This shaping of identity occurred in a space under constant construction, an amorphous, "aque-